



COMUNIÓN UNIVERSAL

“La vivencia eclesial se nos quedaría corta si no abarcara la comunión universal, expresada en el compromiso misionero. Vivimos en comunión con toda la Iglesia”.

Con estas breves palabras nos abría un gran horizonte nuestro obispo cuando, en sus consideraciones sobre la Iglesia en las Líneas Pastorales Diocesanas, que es el centro de la reflexión y la acción de toda la Diócesis este año, nos invitaba a no encerrar nuestra *comunión* en un capillismo estrecho que nos impida ver más allá de las fronteras de nuestra parroquia o nuestra diócesis, y a no limitar nuestra *corresponsabilidad* a las necesidades de nuestra comunidad; sino, más bien, sentirse unidos a todos los hermanos que, por todos los rincones del mundo, profesamos una misma fe, veneramos a un mismo Padre y seguimos al mismo Cristo en el Espíritu Santo; al tiempo que nos sentimos interpelados por aquel mandato del Señor *“id y haced discípulos de todos los pueblos...”* al que todavía falta mucho por cumplirse, porque, como decía el Papa Juan Pablo II, *“la misión se halla todavía en sus comienzos”* (Encíclica

“Redemptoris Missio”, nº 1).

Y es que estamos acostumbrados a oír hablar de las Misiones sólo dos o tres veces al año, en las campañas misioneras como el DOMUND, la Infancia Misionera o Manos Unidas. E igualmente, cuando oímos este discurso pensamos en tierras lejanas y misioneros esforzados, a los que admiramos, pero que no nos compromete a nosotros mismos más que a una oración y una pequeña limosna, si acaso.

No sabemos lo que estamos fallando, ni lo que nos estamos perdiendo.

“La misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales”, decía Juan Pablo II en aquella misma Encíclica un poco más adelante (nº 2), y remachaba: *“Exhorto a todas las Iglesias, a los pastores, sacerdotes,*

religiosos y fieles a abrirse a la universalidad de la Iglesia, evitando cualquier forma de particularismo, exclusivismo o sentimiento de autosuficiencia” (nº 85). *“No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios”* (nº 86). Así que la Mi-

